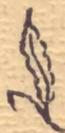


EMILIO ORIBE



LAS SERPIENTES ETERNAS

POEMA



CUADERNOS NOUS

MONTEVIDEO

1958

0
1





EMILIO ORIBE

LAS SERPIENTES ETERNAS

POEMA



*A Angelina S. heira Aguirre,
homenaje muy afectuoso,*

CUADERNOS NOUS

MONTEVIDEO

1958

Emilio Orbe

CUADERNOS NOUS

1933-1958

AVION DE SUEÑOS.
EL ROSAL Y LA ESFERA.
LOS ALTOS MITOS.
LA SERPIENTE Y EL TIEMPO.
LA LUZ DEFENDIDA.
LA LAMPARA QUE ANDA.
POESIA ETERNA.
CANTO A LAS PEQUEÑAS PIEDRAS DE LOS RIOS
FUGACIDAD ES GRANDEZA.
PALABRA ES TINIEBLA.
LA SALAMANDRA.
EL UNICO Y OTRO POEMAS.
EL IDOLO DE NADIE.
LA MEDUSA DE OXFORD.
BELLEZA, ESPEJO DEL SER.
LA ESFERA DEL CANTO.
LA ANTORCHA SOBRE LA CARNE.
LA CONTEMPLACION DE LO ETERNO.
EL PENSAMIENTO Y LA FUENTE.
EL CANTO DEL CUADRANTE.
LAS SERPIENTES ETERNAS.

LAS SERPIENTES ETERNAS

I

¡Ah, tan irresoluble,
como el poder que hace crear los mitos,
dinastías y cantos,
será siempre el enigma
de los encantadores de serpientes!

II

Admirad a los ancianos de sólidas barbas
que en su nirvana inmersos,
dominan en conjunto y en un fugaz instante,
su hirviente serpentario.

Las serpientes
bajo el tenaz conjuro de la música,
suben con mansedumbre,
como llamas viscosas
y mojasdas.

¡Admirad a los jóvenes encantadores de serpientes,
solemnes como ascéticos demiurgos,
filosofantes lúdicos con párpados de fuego,
que en su oficio restauran
toda una ardua temática ancestral,
para que el monstruo luzca al orbe espléndido
su impávida belleza!

Frente a sus dueños,
las serpientes oscilan sus chatas cabezas
como errantes medallas
que buscan irse al pecho de los astutos déspotas.
Después se balancean, indolentes,
movidas por ingrávidos oleajes,
como en un turbio estanque
los pensativos lotos.

III

Al verlas en tal trance,
yo, Emilio Oribe, enuncio
la sorprendente hipótesis
de que existe el jardín de las serpientes eternas.
Fue al mirar unos diáfanos efebos
que actuaban como heraldos de jardines.
Huéspedes enjutos de las hogueras del sol índico,
encantaban a las idólatras bestias
confiando más que en músicas monótonas,
en el mirar profético
y la astucia constante que atestiguan
la implicación recíproca del hombre y la serpiente.

De los encantadores que recuerdo,
siempre he de preferir
 aquellos que son jóvenes
y casi adolescentes,
pues nacieron dotados de ilimitados poderes,
y descifran mejor que el más sabio artilugio
los signos de los dioses en las bestias.

Se ofrecen, por complaceros, semidesnudos
y cumplen su misión sin esfuerzo, ni fatiga,
naturalmente,

 como si respiraran
o jugaran.

 Como si acariciara
 su displicencia nómada,
los rizos y los brazos
de huidizas doncellas.

IV

Una noche,
bajo un imán constante de plenilunio y flautas,
entre el asombro turbador del ánimo
yo temí en que en la sombra las serpientes
la alta rueda empañaran del cóncavo zodiaco.

No obstante, ¿qué esplendor les fue negado
a los encantadores de serpientes,
como un oprobio de su arcilla mágica?
¿Por qué sólo sugieren
transcendentes metáforas?
¿Qué pozo de tinieblas les mana en el espíritu?

¿Y por qué no he de amar
su anónima miseria,
si en su humildad de réprobos
me traen los simulacros
de todos los geniales inspirados,
y al verlos encantando a sus esclavas,
confirmo en mí la hipótesis
de que existe el jardín de las serpientes eternas?

V

¿Qué es lo que los pierde en el fracaso
de ser tan sólo imágenes o esbozos,
de aquellos que convocan con cautela infinita
del pensamiento puro las esfinges?

Los míseros
son ídolos frustrados,
que hacen pensar en las instancias
más difíciles
de la aventura humana.

¡Y qué inaccesible orgullo el que suscitan!
Dominar un instante
la creación absoluta del espíritu,
violando el gran secreto que clausura
el eléata jardín de las ideas perfectas,
que no es otro que el jardín de las serpientes eternas,
donde éstas,

como avaras,
atesoran
las grandes sinfonías
de los siglos,
los pálidos teoremas de las artes,
y el frenesí de las danzas y los cantos.

VI

¡Ah sí, pero
tan irresoluble,
como el poder que hace morir los mitos,
dinastías y cantos,
será siempre el enigma que sin perdón destruye
a los encantadores de serpientes!

NOTICIA

DEBO admitir que será siempre una operación de discutible validez el concebir la transformación de las ideas eleáticas o platónicas en serpientes eternas. Planteado en forma vaga el propósito, sólo sería admisible su éxito en el ámbito de lo poético. Pero centrándolo en lo racional, menos discutible resultaría el problema si lo colocáramos en las cercanías de un relativismo como el de Protágoras; allí sí, las ideas puras o los conceptos primarios pueden, sin menoscabo de su esplendor, concebirse como serpientes aprehensivas, siempre dotadas de astucia y de vida, aunque restringidas al dominio de una razón operante, en un universo con límites inteligibles. Otro reproche que se esgrimiría, válido en la esfera poética también, podría ser el hecho de servirme, como instrumento de una abusiva tendencia a hipostasiar una concepción auténticamente helénica como es el eleatismo, volcándola en un símbolo del arcaísmo religioso oriental, propio de la India y de la tradición bíblica o judaica. Con la sombra, además, de una leyenda negativa y condenable, como es la que acompaña al signo de la serpiente. Sea lo que fuere, las contemplaciones de los encantadores de serpientes en la antigua urbe de Delhi, tan subyugante y misteriosa, al integrarse en un poema, condujéronme por un pasadizo ascendente a la identidad de aquellos dos mitos, ideas y serpientes, tan disímiles y opuestos en el pensamiento y en la poesía de los tiempos.

1957.

E. Oribe.

SEGUNDO ADIOS

UNA vez, allá por 1949, se me ocurrió escribir un *Adiós* mientras viajaba perezosamente en un barco de carga que elegí para regresar desde Liverpool a Montevideo. Me embarqué en él prefiriéndolo a un gran transatlántico, porque deseaba contemplar con cierta indolencia el océano, descansar de un viaje intensísimo por Europa y no tenía por fin ningún interés por encontrarme con mis compatriotas. Aproveché esas circunstancias para revisar y purificar un poema que titulé *El Idolo de Nadie* y con el cual había resuelto dar término a la serie de mis Cuadernos Nous.

Confieso que el contenido de aquel *Adiós* puede ser considerado hoy como perfectamente adecuado y repetiría sin vacilación lo que en él expresé. Lo que ocurrió es que su pedantería molestó a muchos irritables críticos que proliferan en las revistas, trascendió en cierto modo en el ambiente de mis amistades y me creó una serie de distanciamientos con personas que por numerosos motivos aprecio y admiro. No sé si debido a ello o por una de esas distracciones conscientes que suelen tener los escritores, en lugar de clausurar la serie de mis cuadernos de poesías, resolví agregar algunos otros, como ser: *La Medusa de Oxford*, *Belleza*, *Espejo del Ser*, *La Esfera del Canto*, *La Antorcha sobre la Carne*, *La Contemplación de lo Eterno*, *El Canto del Cuadrante* y *El Pensamiento y la Fuente*. No puedo negar que me consideraba en cada aparición de un cuaderno como un mortal en contradicción reprochable, pero, como la resonancia poética de las nuevas publicaciones fue tan imperceptible como la que acompañó a las anteriores, nadie se preocupó de enrostrarme la falta cometida. Pero es evidente que para mí tan irregular situación debe desaparecer; por eso publico, en 1958, este poema *Las Serpientes Eternas*, y con él aprovecho para clausurar, ahora sí, la serie de mis Cuadernos Nous.

COMPLEMENTO

DESDE hace muchos años experimenté una atracción muy intensa por el ministerio, la leyenda y las tareas de los encantadores de serpientes. En cierto libro me valí del símil que trasciende de ellas al tratar del oscuro proceso de la creación poética y al considerar el artificio que el pseudo o auténtico mago cumple cuando sumerge a sus reptiles en sueños pausados y progresivos. Así el poeta procedería con su inspiración en busca del exacto sentido de sus creaciones o de ciertas metáforas. Trabajaría lúcidamente después, con estos ingredientes ingrátidos, lucharía con ellos y los sumergiría en la subconsciencia una y otra vez, según normas propias, para después hacerlos surgir más aproximados o perfectos, en instancias variables y sucesivamente aproximativas de las vestiduras verbales que integrarían el futuro poema. Hasta podría suceder que las expresiones manejadas no volvieran más y se arrollaran como serpientes en sí mismas, perdiéndose en el olvido. Con ello manejé entonces un símil que explicité con cierta fruición en días lejanos. Al hallarme en las comarcas del Oriente, busqué con avidez la contemplación de los encantadores que se consagran a exponer sus virtudes en los arrabales de las ciudades o en los barrios arracimados de mendigos y viajeros. Pude así ser testigo de muchos acontecimientos relacionados con el encantamiento de reptiles dedicándoles bastante tiempo en Persia, Pakistán y la India del Norte.

Ví que en el desarrollo había por lo menos tres protagonistas: el ejecutante, las serpientes y los auditorios. Los realizadores de la conquista del animal por medio del mirar, la voz, los golpecillos con las manos y la música, eran seres inconfundibles: poseían cierta edad elevada, eran enjutos y descuidados, lucían largas cabelleras y barbas, utilizaban cada uno su estilo propio, su solemnidad, su gracia y su tiempo distribuido con perfecta sabiduría. Por momentos parecían embriagados en un simulacro de ritos pequeños y ordenados, por otros instantes procedían en los arrabales del éxtasis, en otros eran violentos y crueles, y en otros se diría que se creaba un tácito intercambio mutuo de influencias, ya que parecía que las serpientes actuaban con sus silbidos, sus ojos poderosos y sus cabezonas inquietas sobre los mismos hipnotizadores.

Pero también contemplé a varios jóvenes dedicados a esa misión. Jamás vi que intervinieran mujeres. ¿Por qué? Busqué el auxilio de manuales o tratados que contuvieran alguna historia o el plan o método que debe seguirse. Me informaron que sólo en los poemas más antiguos de la India, ya fueren profanos o religiosos, podría hallar fragmentos de himnos con indicaciones, pero que esos documentos eran esotéricos o incomprensibles para una mentalidad occidental. Los encantadores de serpientes ejercían sus rebuscamientos sacros por medio de tradiciones orales, o por comunicaciones directas de labio a labio a través de los siglos o por improvisaciones inesperadas y no trasmisibles. Pero la experiencia más sorprendente que contemplé, relacionada con los adolescentes que ejercen ese oficio en la India, fue en Nueva Delhi, en los jardines que circundan el severo

y sencillo mausoleo, el Rajghat dedicado al Gandhi, y que es algo así como un homenaje religioso y político de millones de devotos y admiradores.

Después de recorrer el largo trayecto que media desde la entrada hasta el túmulo pétreo en donde se inclinan en adoración los mortales de todo el universo en recuerdo del Gandhi, y se colocan flores y se entonan cánticos y se realizan procesiones, me retiraba lentamente, con todo recogimiento y emoción y con cierto hastío, cuando noté que me seguía de cerca un joven hindú pobremente vestido. Confirmé que me siguió durante largo rato y al fin resolví detenerme ante él. Me dirigió la palabra entre respetuosas reverencias y gestos, indicándome un lugar en el exterior del parque en donde estábamos, semi coronados de arbustos y entre peregrinos de todas edades y vestimentas. Naturalmente no entendí nada a mi acompañante. Era hermosísimo y esbelto, estaba semi desnudo, tenía los cabellos largos, tirantes hacia atrás, la frente limpia y amplia, sonreía indefiniblemente e insistía en invitarme a algún acto que debía tener importancia. Si yo me detenía para observar algo, él se sentaba sobre la tierra desnuda, siempre a mi lado como un can y no me perdía de vista nunca, insistiendo en ofrecerme su compañía, al yo reanudar la marcha. Imaginé varias razones; le ofrecí unas monedas, le tomé unas fotografías, le rogué que no se molestara tanto, le di a entender que tenía prisa y que era de Europa o América y que deseaba irme; fue en vano.

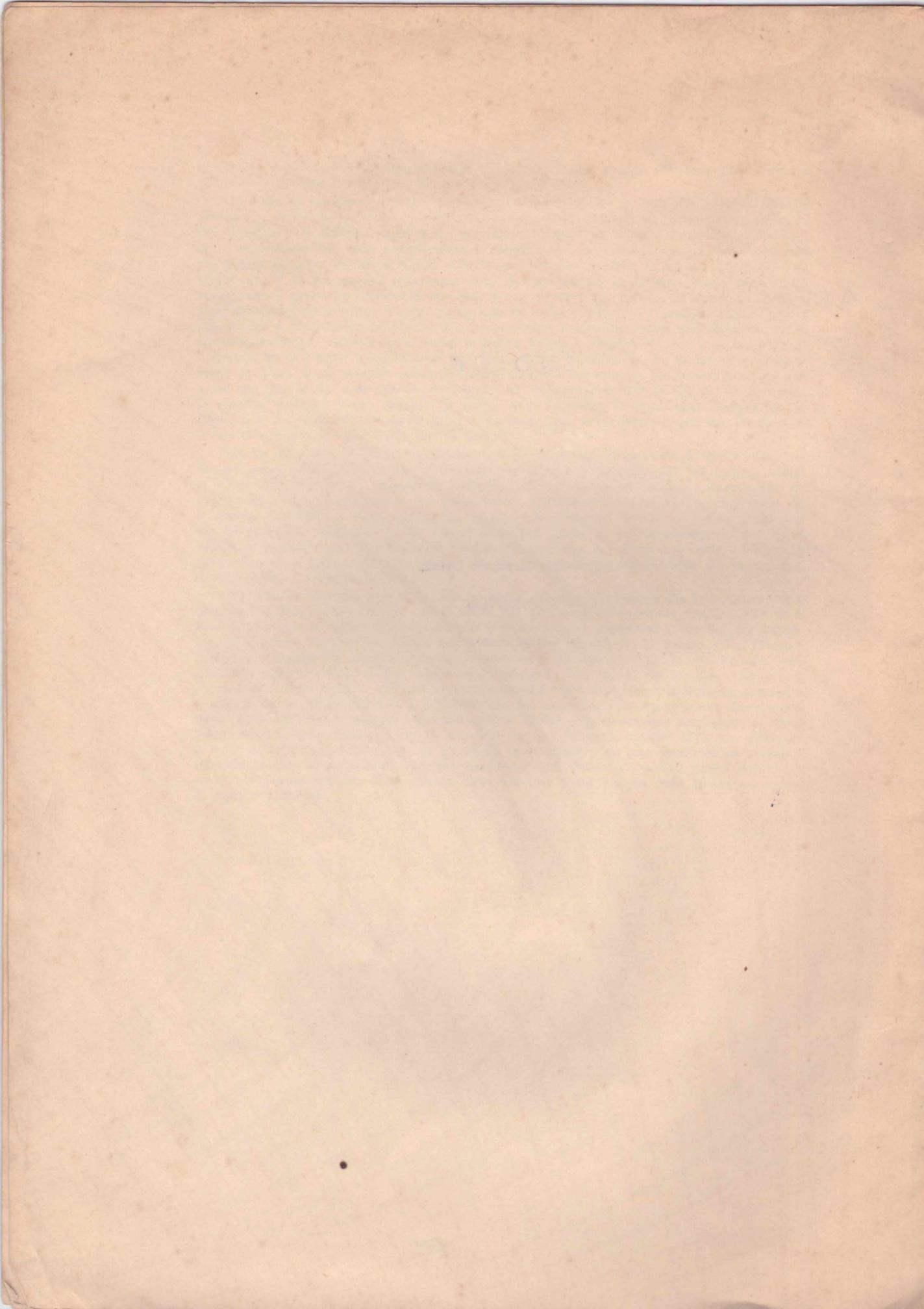
Al fin lo seguí. Entre la muchedumbre de creyentes, peregrinos y mercaderes, me deslicé hacia un lugar próximo circudado de árboles y fuentes. Allí el radioso efebo se sintió satisfecho y yo comprendí. Tratábase de un *snake charmer*, un encantador de serpientes, y quería enseñarme sus habilidades. Aparecieron tres amigos suyos, todos de la misma prestancia y edad, sonrientes, ágiles y desenvueltos. Instalados en el suelo con sus instrumentos musicales y sus sucios utensilios, frente a sus serpientes ocultas entre arpilleras y pieles, que cubrían unos recipientes circulares de metal o madera, celebramos para mi goce y estupor durante largo rato las más extravagantes hazañas de dominación de numerosas y variadas bestias.

De pronto hicieron surgir de una pequeña prisión al enemigo de la serpiente: un hirsuto y rápido hurón que se arrojó sobre los preciosos y lánguidos reptiles y tomó a más de uno por el cuello entre los dientes y garras con el propósito al parecer de matarlos, pero como siempre era contenido a tiempo por los amos, el hurón se estremecía frenético y furioso en su brava lucha, la que sería en mucho a mi entender, más bien fruto de amaestramiento y más espectacular que real. Tal fue el motivo que impulsó al joven y cauteloso seguidor del jardín mortuorio del venerable Gandhi: hacerme partícipe y cliente de sus conocimientos y poderíos con los animales más repugnantes de la creación, según me dicta el instinto occidental, entre bíblico e indígena, que me habita. Y bien, ¿esos jóvenes cómo conquistaron la maestría de que hicieron alarde? ¿No era entonces el arte de encantar, el resultado de un largo aprendizaje y de una familiaridad y contaminaciones con las serpientes? ¿Existen inspirados que vienen ya con el poder innato de encantar? Nunca me fue dado aclarar estos enigmas y tal vez en estos países no valga la pena averiguarlo.

E. O.

INDICE

- I. — Las Serpientes Eternas.
- II. — Segundo Adiós.
- III. — Complemento.



U8
OR